



WHITLEY STRIEBER

EL DESPERTAR DE LOS
LOBOS

Estamos siendo perseguidos por algo que tiene garras. Ellos existen, no lo olviden. Han existido por miles de años. Nosotros señores los hemos visto. Y son horribles. También son muy veloces y muy, muy inteligentes. La gente antiguamente los llamaba licántropos. Ahora nadie los llama de ninguna manera, pues han desarrollado una gran habilidad para borrar las huellas de su paso. Y por lo tanto ni siquiera hay una leyenda. Pero ellos están aquí. No les quepa ninguna duda de que están.

El despertar de los lobos es una novela que trata del terror primigenio, aquel que yace en el subconsciente de todo ser humano, guardado en la memoria de la humanidad en recuerdo de aquellas luchas que tuvo que mantener con las bestias para poder sobrevivir. A juicio de la crítica hacía muchos años que no se escribía una novela de terror más apasionante.

Para Anne

Ya que todo está bien, déjalo así.

No despiertes al lobo dormido.

SHAKESPEARE

CAPÍTULO 1

En Brooklyn llevan los autos abandonados a la playa de automóviles de la avenida Fountain, adyacente al vaciadero de la avenida Fountain. La playa y el vaciadero ocupan tierras que en el mapa figuran como «Parque del Arroyo del Manantial (Nombre Propuesto)». No hay manantial, ni arroyo, ni parque.

Por lo general la playa está silenciosa, su tranquilidad sólo la quiebra una que otra riña entre las jaurías de perros salvajes que merodean por allí, o tal vez los gritos de las gaviotas que aletean sobre el hediondo y humeante vaciadero cercano.

Los miembros de la Escuadra Policial de Autos, que visitan la playa para marcar los coches abandonados, destinados a ser prensados, no consideran peligroso el lugar. De vez en cuando las ratas, de treinta centímetros de largo, se vuelven agresivas y se convierten en víctimas de tiro al blanco. Los flacos perritos salvajes también atacan en ocasiones, pero casi siempre es posible ahuyentarlos con un disparo en el aire. El trabajo de la playa de coches consiste en marcar grandes X blancas en los vehículos más arruinados, y sacarles fotos Polaroid, para demostrar que eran irrecuperables, si aparecía el dueño.

No es el tipo de tarea que los hombres relacionen con el peligro, y menos aún con la muerte, de modo que Hugo DiFalco y Dennis Houlihan se le habrían reído a uno en la cara si les hubiese dicho que les quedaban sólo tres minutos de vida cuando escucharon el primer ruido a sus espaldas.

—¿Qué fue eso? —preguntó Houlihan. Estaba aburrido, y no le habría molestado hacer un par de disparos a una rata.

—Un ruido.

—Brillante. A mí también se me ocurrió que era eso.

Los dos rieron. Luego se escuchó otro ruido, un gruñido en staccato, que terminó en una murmurante nota alta. Los dos hombres se miraron.

—Parece mi hermano cuando canta bajo la ducha —dijo DiFalco.

Desde adelante les llegaron otros ruidos: roces y más de esos extraños gruñidos. DiFalco y Houlihan se detuvieron. Ya no bromeaban, pero tampoco tenían miedo apenas sentían un poco de curiosidad. Los ruinosos coches húmedos no parecían albergar peligro alguno en esa mojada tarde otoñal. Pero ahí había algo.

En ese momento se encontraron en el centro de un círculo de movimientos sigilosos y roces apenas audibles. Cuando los dos se dieron cuenta de que algo los rodeaba, experimentaron su primer espasmo de preocupación. Ya les quedaba menos de un minuto de vida. Ambos vivían con la verdad central del trabajo policial: en cualquier momento podía suceder. ¿Pero qué demonios ocurría ahora?

Y entonces algo salió con cuidado de entre dos coches abandonados y quedó de frente a las víctimas.

Los hombres no estaban asustados, pero intuyeron el peligro. Como otras veces en momentos parecidos, los pensamientos de Hugo DiFalco volaron a su esposa, de cómo le gustaba decir «Somos un nosotros». Dennis Houlihan sintió que se apoderaba de él un estremecimiento hormigueante, como si se le erizase el vello de todo el cuerpo.

—No te muevas, hombre —dijo DiFalco.

La cosa le gruño a la voz.

—Hay muchos más detrás de nosotros, amigo. —Sus voces eran bajas y contenidas, el tono de profesionales en problemas. Se acercaron el uno al otro, sus hombres se to-

caron. Ambos sabían que uno de ellos debía girar, y el otro seguir mirando hacia el frente. Pero no necesitaban hablar de ello; hacía demasiado tiempo que trabajaban juntos como para tener que planear sus movimientos.

DiFalco inició el giro y el acto de extraer la pistola. Ese fue el error.

Diez segundos más tarde tenían la garganta desgarrada. Veinte segundos después, el último resto de vida salía de sus cuerpos, palpitando.

A los treinta segundos eran consumidos en forma sistemática.

Ninguno de los dos hombres emitió un solo sonido. Houlihan vio que el que tenía enfrente contraía los ojos, pero antes de poder seguir el movimiento hubo un dolor candente en su garganta, y de pronto, con desesperación, luchó para tragar aire a través del burbujeante torrente de su propia sangre.

La mano de DiFalco acababa de aferrar la familiar culata de madera ajedrezada de su revólver de servicio, cuando se lo arrancaron con violencia a un costado. La impresión de formas que se movían con una celeridad imposible entró en su mente atónita, y algo le golpeó entonces con fuerza en el pecho y también él se desangró, y en su imaginación protegía su garganta cuando en realidad su cuerpo se derrumbaba al suelo y su espíritu se hundía en la oscuridad.

Los atacantes se movieron con demasiada velocidad, su rapidez nacía de la nerviosidad por la juventud de sus víctimas. Las camisas fueron rasgadas, los blancos pechos quedaron al desnudo, las entrañas fueron arrancadas, los preciosos órganos devorados. El resto lo dejaron.

Todo terminó en menos de cinco minutos. Los cadáveres huecos, saqueados, yacían en el fango, dos vidas terminadas, ahora alimento para los salvajes buscadores de carroña de la zona.

Durante largo rato nada más se movió en la playa de automóviles de la avenida Fountain. Los chillidos de las ga-

viotas repercutían entre los herrumbrados caparazones de los coches. La sangre se coaguló y ennegreció en torno de los cadáveres. A medida que avanzaba la tarde, la bruma otoñal se convirtió en lluvia, cubrió de gotitas de agua a los policías muertos, e hizo que la sangre volviese a correr.

Cayó la noche.

Las ratas mordisquearon los cadáveres hasta el alba. Hacía catorce horas que los hombres figuraban como Ausentes sin Permiso. Poco común en esos tipos. Ambos eran hombres de familia, firmes y dignos de confianza. Ausentarse sin avisar no correspondía a su estilo. Pero aun así, ¿qué podía ocurrirles a dos policías experimentados mientras se dedicaban a marcar los coches en la playa? Nadie intentaría siquiera contestar la pregunta hasta que se iniciara la búsqueda de los dos hombres.

La labor policial podía ser peligrosa, pero nadie creía en serio que DiFalco y Houlihan se hubiesen metido en problemas. Tal vez había surgido un asunto familiar de urgencia, y los dos se olvidaron de informar. Tal vez muchísimas otras cosas. Y quizás *hubiese* algún problema. Nadie se daba cuenta de que el mundo acababa de convertirse en un lugar mucho más peligroso, ni lo entendería durante un tiempo. En ese momento sólo buscaban a dos policías ausentes. En ese momento comenzó y terminó el misterio con cuatro policías hurgando en la playa de coches, en busca de señales de sus camaradas.

—Será mejor que no los pesque durmiendo en algún maldito coche.

—En secreto, los cuatro abrigaban la esperanza de que los agentes estuviesen de parranda, o algo así. Era preferible imaginar eso, y no la otra posibilidad.

Un policía gritó. El sonido petrificó a los otros tres, los enmudeció, porque lo escuchaban muy pocas veces.

—Aquí —llamó el bisoño con voz entrecortada.

—Espera, hombre. —Los otros tres convergieron hacia el punto en el momento en que los gritos del bisoño vol-

vían a resonar una y otra vez. Cuando llegaron los hombres mayores que él, se derrumbó contra un coche.

Los tres policías de más edad maldijeron.

—Llamen a todo el mundo. Traigan aquí a Homicidios. Acordonen toda la zona. ¡Cristo!

Cubrieron los restos con sus impermeables. Pusieron las gorras donde antes había caras.

La red policial de comunicaciones respondió en seguida; cuando había agentes muertos nadie perdía tiempo. Diez minutos después de dadas las primeras alarmas, el teléfono sonaba en la sala de guardia, semidesierta, de la División de Homicidios de Brooklyn. La agente Becky Neff tomó el aparato.

—Neff —dijo la voz áspera del inspector—, tú y Wilson están destinados a un caso del Distrito Setenta y Cinco.

—¿El qué?

—Es el vaciadero de la avenida Fountain. Hubo un doble asesinato de policías, mutilación, probable ataque sexual, canibalismo. Vete allá al galope. —La línea se cortó.

—Despierta, George, tenemos un caso —gruñó Neff—. Y muy malo. —Casi no había podido asimilar lo que dijo el inspector: ¿mutilación y canibalismo? Por Dios, ¿qué había sucedido allí?— Alguien mató a dos policías y ejecutó un acto de canibalismo.

Wilson, quien descansaba en una silla reclinada hacia atrás, después de una demoledora sesión de cuatro horas de manipular papeles, se inclinó hacia adelante y se puso de pie.

—Vamos. ¿Dónde es?

—En el vaciadero de la avenida Fountain. Distrito Setenta y Cinco.

—Un maldito lugar apartado. —Meneó la cabeza—. Los tipos deben haberse dejado sorprender.

Bajaron hasta el viejo pontiac azul de Becky Neff, y en el panel oprimieron el botón de la luz intermitente. Becky sacó el coche de su lugar de estacionamiento y se introdujo

en el denso tránsito del centro de Brooklyn. Wilson encendió la radio e informó al despachante.

—La sirena funciona —comentó luego de pulsar el interruptor de presión. La sirena respondió con un gorjeo electrónico, y él gruñó con satisfacción. Durante un mes anduvo mal, y la unidad de reparaciones no se ocupaba de ello. Los recortes en el presupuesto habían reducido a ese equipo otrora eficiente a doce hombres para toda la flota de vehículos policiales. Los coches sin señales de identificación figuraban muy abajo en la lista de precedencias, en materia de reparaciones de luces y sirenas.

—Yo la arreglé —repuso Becky Neff— y ahora me alegro muchísimo de haberlo hecho. —El viaje a la playa de coches resultaría más fácil con la sirena, y no era posible perder tiempo. Wilson enarcó las cejas.

—¿Tú la arreglaste?

—Tomé prestado el manual y la arreglé. Muy fácil. —En realidad el trabajo lo había hecho un genio electrónico del vecindario, un tipo que tenía una computadora en la sala. Pero no existían motivos para informárselo a Wilson.

—Tú la arreglaste —volvió a decir Wilson.

—Estás repitiendo.

Él meneó la cabeza.

Cuando el coche tomó la autopista Brooklyn Queens, usó la sirena, manipulando el interruptor de presión para probar una serie de aullidos que les abrieron paso. Pero el tránsito estaba peor aun cuando se acercaron al cambio del Túnel de la Battery, y la sirena ayudó muy poco en la confusión de camiones y ómnibus.

—Aprieta el pedal, Becky.

—Lo estoy apretando. Tú eres el de la sirena.

—¡No me importa qué hagas, pero hazlo a toda velocidad!

El estallido hizo que ella quisiera replicarle, pero entendió sus sentimientos. Compartía sus emociones, y sabía que su cólera se concentraba en la carretera. Las matanzas

de policías hacían que uno odiara el mundo, y a la condenada ciudad en especial.

Wilson se asomó por su ventanilla y le gritó al conductor de un camión detenido en el centro de la pista.

—¡Policía! ¡Pon en movimiento eso, o te arresto!

El conductor hizo un gesto obsceno, pero movió el vehículo. Becky Neff apretó el acelerador a fondo, contorneó el tránsito que se movía con más lentitud, y a veces tenía paso libre y otras volvía a atascarse.

Cuando el reloj del tablero de instrumentos dejó atrás buena parte de una hora, se encontraban cerca de su punto de destino. Salieron de la autopista Brooklyn Queens y pasaron directamente por la avenida Flatbush, hacia las zonas residenciales, a veces pulcras, de más allá. Desfilaron los distritos, el 78, el 77 y el 73. Por último entraron en el 75 y se internaron en la avenida Flatbush, una calle de anónimas tiendas en un vecindario de clase media y baja, con mezclas raciales. El 75 era un distrito policial tan corriente como pudiese haberlo en Nueva York. Unas cien mil personas vivían allí, no muchos pobres, ni muchos ricos, y distribuidos en forma más o menos pareja entre blancos, negros e hispánicos.

El 75 era el tipo de distrito acerca del cual nunca se lee en los periódicos, un lugar en el cual vivían hasta terminar buenas y sólidas carreras sin dispararle jamás a un hombre; no era un lugar en que se los matase a ellos, y mucho menos se los mutilara o se los sometiese a prácticas de canibalismo.

Por último entraron en la avenida Fountain. A la distancia podía verse un racimo de focos intermitentes bajo la lúgubre luz otoñal: sin duda se trataba del lugar en que los vehículos oficiales se habían detenido a la entrada de la playa de automóviles. La escena del crimen. Y a juzgar por los coches de los noticieros que pasaban volando por la calle, el Distrito 75 no seguiría siendo un lugar oscuro durante mucho tiempo.

—¿Quién es el capitán del distrito? —preguntó Neff a su oficial superior. Wilson era quien tenía más antigüedad en el equipo, hecho del cual cuidaba que ella jamás se olvidase.

—Gerardi, creo, no sé cuánto Gerardi. Un policía bastante competente. Aquí hay bastante tranquilidad, hasta donde yo sé. No pasa gran cosa. No es como el lado del sur, si entiendes lo que quiero decir.

—Sí, —Wilson quería decir que el distrito era limpio: no había malos policías, ni vinculaciones con las pandillas, ni cohechos demasiado graves. A diferencia del vecindario del sur, ni siquiera existían oportunidades para ello.

—Me parece la obra de un psicópata —dijo Neff. Siempre se esmeraba en elegir las palabras cuando teorizaba frente a Wilson. Este se mostraba mordaz cuando escuchaba ideas mal elaboradas, y no exhibía tolerancia con quienes tenían menos capacidad que él. O sea, que era intolerante con casi toda la fuerza policial. Era quizás el mejor detective de Homicidios, y tal vez el mejor de toda la fuerza. Y además era perezoso, venal, con inclinaciones a una concepción victoriana de las mujeres. Salvo en lo referente a la aptitud de ambos para las pesquisas policiales, Becky gustaba de creer que nada tenían en común. En tanto que Wilson era un desordenado, Becky tendía a ser cuidadosa. Siempre era la que mantenía al día el papeleo, cuando Wilson dejaba caer los brazos, y la que conservaba organizadas las fatigosas minucias de sus vidas profesionales.

No se trataba de que sintieran desagrado el uno por el otro; era algo más que eso: odio puro, unido a un respeto exhibido a regañadientes. Neff pensaba que Wilson era un chovinista de la edad de piedra, y la sublevaba el papel de empleada que a menudo él la hacía representar; y él la consideraba una advenediza en una profesión en la cual, en el mejor de los casos, las mujeres constituían un error.

Pero los dos eran detectives excepcionales, y eso los mantenía unidos. Wilson no podía dejar de admirar el tra-

bajo de su compañera, y se vio obligado a admitir que era una de las pocas agentes que había conocido que podía continuar con él.

También ayudaba el hecho de que Becky Neff tuviese treinta y cuatro años nada mal llevados. Wilson era soltero, mayor de cincuenta y, en términos físicos, no mucho más atrayente que una refrigeradora descompuesta (a una de las cuales se parecía en formas y estatura). Becky vio desde el comienzo que ella le resultaba atrayente, y jugó un poco con eso, en la creencia de que progresar en su carrera era más importante que el hecho de dejar o no que Wilson coqueteara con ella. Pero nunca fue más allá. Dick, el esposo de Becky, también trabajaba en la fuerza, era capitán en el departamento de Narcóticos, y Wilson no se enredaría con la esposa de otro policía.

La idea de que Wilson se enredase con nadie era, de cualquier modo ridícula. Se había conservado soltero, en parte por elección y en parte porque pocas mujeres tolerarían su arrogancia y su negligente indiferencia hacia los requisitos sociales fundamentales, como cuando sacaba la carne de una hamburguesa y la comía por separado, lo cual representaba uno de sus más delicados modales de mesa.

—Dejemos esto en blanco, querida —masculló Wilson—. No sabemos qué demonios sucedió allí.

—El canibalismo indicaría...

—No lo sabemos. Los tipos están excitados, quizá fue otra cosa. Descubriremos lo que descubramos.

Becky introdujo el coche entre los vehículos oficiales y sacó del bolso su paraguas plegadizo. Lo abrió para protegerse de la lluvia, y le molestó ver a Wilson chapaleando en el barro, haciendo caso omiso de su comodidad.

«Que se pesque una pulmonía, el maldito», pensó mientras avanzaba agazapada bajo el paraguas. Wilson era un especialista en apariencias: llega a la escena de los hechos empapado, indiferente a su comodidad, sólo preocupado por el asunto que tiene entre manos, mientras su re-

milgada compañerita lo sigue con su paraguas, sorteando los charcos con pasitos menudos. Hizo caso omiso de él lo mejor que pudo, y se encaminó hacia los focos Klieg que ahora iluminaban la escena de los asesinatos en un círculo de unos cincuenta metros de diámetro.

En cuanto vio el destrozo, supo que no se trataba de un caso normal. A esos hombres les había ocurrido algo que le hacía brotar a una el sudor en todo el cuerpo, aún con ese tiempo. Miró a Wilson, sorprendida al ver que inclusive los ojos de ese viejo superprofesional estaban muy abiertos de sorpresa.

—Cristo —exclamó él—. Quiero decir... ¿Qué...?

El capitán del distrito se adelantó.

—No lo sabemos, señor —dijo a Wilson, reconociendo la antigüedad y fama del otro en la fuerza. Y también miró a Becky Neff, bastante conocida, por derecho propio, como una de las más destacadas policías femeninas de Nueva York. Su foto fue publicada más de un mes por el *Daily News* en relación con algunos de los casos más espectaculares en el que intervinieron ella y Wilson. Este eludía a los fotógrafos, o ellos a él... difícil determinar cuál de las cosas era. Pero Becky los recibía de buena gana, muy consciente de su papel como prueba viviente y visible de que las mujeres policías podían llegar a las primeras planas casi tanto como sus contrapartidas masculinas.

Hizo una profunda inspiración y se arrodilló al lado de los cadáveres, cuando todavía Wilson no había logrado salir de su conmoción. Todas las fibras de su cuerpo le exigían que saliera corriendo, que se apartase del indecible horror que tenía ante sí... pero en cambio miró de cerca, escudriñó huesos quebrados, cubiertos de cartílago, y los negros trozos de carne que casi parecían relucir bajo las luces instaladas por los funcionarios de la oficina del Forense.

—¿Dónde demonios está el médico? —preguntó Wilson detrás de ella. Una voz respondió. Wilson no se acercó; ella supo que no lo haría porque no podía tolerar cosas como

esa. Apretó los dientes para contener su propio disgusto, contempló los cadáveres, tomó nota de las cosas poco comunes que exhibían: las largas marcas de rasguños en los huesos desnudos y las señales evidentes de que habían sido roídos. Se puso de pie y observó el desolado lugar. A poco menos de medio kilómetro podía verse el vaciadero, con grandes bandadas de gaviotas aleteando sobre los montículos de desperdicios. Se escuchaba el grito de los pájaros por encima del alboroto de las voces. Desde allí hasta el vaciadero se extendía un océano de coches y camiones viejos de todos los modelos imaginables, la mayoría de ellos cáscaras inútiles, desnudas. Unos pocos, los más cercanos, ostentaban X blancas en el parabrisas o en el capot, pruebas del trabajo que realizaban DiFalco y Houlihan cuando se produjo el ataque.

—Fueron roídos por ratas —dijo Becky con tono tan sosegado como pudo lograr—, pero esas marcas mayores indican otra cosa... ¿Perros?

—Los perros salvajes de aquí son animalitos flacos —dijo el capitán del distrito.

—¿Cuánto hacía que faltaban estos hombres hasta que iniciaron su búsqueda, capitán? —inquirió Wilson.

El capitán le lanzó una mirada penetrante. Neff se mostró atónita; nadie que tuviese un rango inferior al de inspector tenía derecho a formularle a un capitán una pregunta como esa, y aun así, no podía hacerla sino ante una junta investigadora. Se trataba de una pregunta que pertenecía a una audiencia de incumplimiento de obligaciones, no a la escena de un crimen.

—Necesitamos saberlo —dijo Wilson con voz un tanto demasiado alta.

—Entonces pregúntele al forense cuánto hace que están muertos. Nosotros los encontramos hace dos lloras. El resto calcúlelo usted. —El capitán se apartó, y Becky Neff siguió su mirada hacia el lejano Atlántico, donde se podía ver a un helicóptero que crecía en dimensiones con rapi-

dez. Era un aparato policial, y muy pronto estuvo encima de ellos, con las paletas repiqueteando mientras buscaba un lugar adecuado para aterrizar.

—Son el comisionado y el jefe —declaró Wilson—. Deben de haber oído a los periodistas. —En enero ocuparía su puesto un nuevo intendente, y los principales funcionarios de la ciudad se empujaban unos a otros para conservar sus cargos. De modo que esos hombres por lo general anónimos se precipitaban ahora sobre la posibilidad de que sus rostros aparecieran en el noticiero de las once. Pero en esa ocasión se llevarían una desilusión; debido a la naturaleza poco habitualmente horrenda del crimen, se mantenía a la prensa lo más apartada posible. No se permitirían las fotos hasta que se llevaran los cadáveres.

Al mismo tiempo que el jefe de detectives y el comisionado descendían de su helicóptero, el forense corría por el terreno fangoso, con un periódico plegado y sostenido sobre la cabeza, para resguardarse de la lluvia.

—Es Evans en persona —dijo Wilson—. Hace veinte años que no veo a este hombre en el escenario de un asesinato.

—Me alegro de que haya venido.

Evans era el forense en jefe de la ciudad, un hombre renombrado por sus ingeniosas hazañas de investigación forense. Llegó presuroso, desaliñado, pequeño, con aspecto de hombre muy viejo detrás de sus gruesos anteojos.

Ya había trabajado antes con Wilson y Neff, y los saludó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué idea tienen? —preguntó antes de examinar los cadáveres. A la mayoría de los policías los trataba con bastante cortesía; a esos dos los respetaba.

—Vamos a tener un problema para descubrir la causa de la muerte —contestó Wilson—, por el estado en que se encuentran. —Evans asintió.

—¿El departamento Forense terminó con los cadáveres? —El equipo forense había concluido su labor, lo cual signifi-